

Amenaza Sobre Machu-Picchu

por Sebastián Salazar Bondy

Grave pronóstico es el que Manuel Mujica Gallo ha hecho con relación al "Intihuatana" de Machu-Picchu, tanto porque prevé la destrucción de una parte muy importante y significativa de las grandiosas ruinas cuanto por lo que representa ese peligro como síntoma de la indiferencia oficial hacia el patrimonio histórico y artístico del Perú. Y cruzarse de brazos ante la posibilidad de que las próximas lluvias de octubre acaben con tal monumento equivale a demostrar, en forma patente, que el país no merece ser heredero de esas reliquias que el mundo admira sin reservas. Si Francia permitiera la pérdida de las catedrales o la muerte de las riquezas pictóricas de que es custodia, si Italia consintiera que los testimonios del Renacimiento fueran objeto de vejación y despojo, si España dejara que El Prado quedara convertido en escombros, por obra del tiempo o de los hombres, de todas partes del orbe se levantarían las voces

más airadas de protesta e, inclusive, las acusaciones más drásticas de crimen contra la civilización. Sin embargo, Machu-Picchu y lo que guarda no es menos que todos esos tesoros, y bien puede el Perú hacerse acreedor de una repulsa universal por la mera circunstancia de no defender ese monumental testimonio del poder creador de sus antepasados. Si la desaparición del "Intihuatana" ocurre, la cultura sabrá quiénes son los responsables de la catástrofe.

Legado Inmemorial

Lo más escandaloso del caso es que para salvar esa pieza sólo hacen falta 40 mil soles y que con el fin de conservar en pie la totalidad de la famosa ciudadela incaica la suma indispensable no es, de ningún modo, extraordinaria. Bien sabemos que motivos menos importantes o premiosos demandan del Estado egresos muy superiores a los que reclama con urgencia el mantenimiento de las más notables expresiones del arte peruano antiguo. No obstante, la impermeabilidad de las autoridades con relación a la amenaza que se cierne sobre Machu-Picchu y otros monumentos históricos es francamente desesperante. Interesan más, a lo que parece, las realizaciones suntuosas y las obras espectaculares, las cuales, no por más dignas de la admiración popular, son más trascendentales para la consolidación del espíritu peruano que aquellas otras que se empeñan en el respetuoso tratamiento del legado del país inmemorial.

No es por simple cortesía que la inteligencia de todo el mundo se ha pronunciado elogiosamente sobre Machu-Picchu. No se trata de ponderaciones comprometidas y vacuas. Los poetas se han unido a ese fallo universal dedicando a aquel monumento composiciones que exaltan su belleza y se refieren al más hondo significado de las armoniosas construcciones que en él se agrupan. La pregunta que a todo peruano se le hace en el extranjero alude principalmente al patrimonio que dichas ruinas constituyen para la cultura humana. Y la visita a tan maravilloso rincón de nuestra patria se ha convertido en el obligado peregrinaje de quienes los que alienan un ánimo americanista y sienten que el porvenir del continente será valioso y firme cuando sea una síntesis perpétua de lo que, a través de los siglos, el hombre de estas latitudes ha levantado de la nada como muestra eterna de su voluntad de vivir. Y Machu-Picchu es, quizá, junto con ciertos monumentos mexicanos, una creación comparable a las de Egipto, Grecia y Roma.

Voz de Alarma

Hay quienes piensan que aquellas ruinas son pertenencia exclusiva de los cuzqueños. Otros, menos mezquinos, suponen que, en el mejor de los casos, son posesión del Perú. Pero, en verdad, así como el Partenón, la Capilla Sixtina o la Catedral de Colonia no son únicamente propiedad de Grecia, Italia o Alemania, sino que, por su contenido y grandeza, constituyen obra del hombre y, por ende, testimonio de su cultura, Machu-Picchu es una reliquia cuya supervivencia es asunto que atañe a los ciudadanos de cualquier nación americana y, más extensamente, a la inmensa minoría que está, como propio todo lo que expresa la vigencia del espíritu sobre la materia, el triunfo de la vida sobre la muerte. Y en este orden de cosas no existe la "no intervención". Yo, peruano, puedo protestar por cualquier atentado contra cualquier obra del arte o la inteligencia en cualquier punto del globo, y mi palabra tiene que ser escuchada, como tendrá que ser se deje oír en defensa de los tesoros artísticos que a los peruanos el destino quiso depararnos.

El "Intihuatana", el hermoso reloj de sol que corona uno de los torreones de Machu-Picchu, está amenazado de muerte. Manuel Mujica Gallo ha dado la voz de alarma y ahí mismo, como prueba de que nadie, excepto el Estado, es insensible a dicho llamado, un grupo de futbolistas que visitaba la ciudadela se adhirió a la colecta iniciada en el lugar para afrontar los gastos que demanda la reparación. Es necesario que personas e instituciones nacionales imiten aquel ejemplo y donen para tan noble finalidad el dinero indispensable para impedir que la destrucción se consuma. Es posible que un movimiento colectivo determine, milagrosamente, un cambio en la política oficial, aunque el prodigio no sea sino un insólito acto de pudor.